

LA MALA HISTORIA DE MARÍA MERCEDES COLÁS

Sergio Miguel Recarte

Eran los comienzos de lo que se llamó con certeza la Década Infame. Cuando, mediante un golpe de estado, el general José Félix Uriburu se hizo con el poder tras derrocar por la fuerza al gobierno democrático de Hipólito Yrigoyen. Una penosa etapa en la que se instaló de manera institucional el fraude electoral, la exclusión política de la mayoría y la dependencia económica con Inglaterra, hasta límites escandalosos. Todo ello en medio de una grave crisis que acarreó desocupación, baja de salarios y mayor pobreza. En el puerto de Buenos Aires, a finales del año 1931, José Mari Colás, albañil y militante anarquista, con gran pesar emprendía junto a su familia el regreso a Lodosa, un pequeño pueblo de Navarra ubicado en la margen izquierda del río Ebro, en los confines de Euskal Herria. Allí había nacido en el invierno de 1896 en el seno de una familia humilde y laboriosa, atada por generaciones a la dura labor de sacarle frutos a una tierra escasa de generosidad. Cansado de trabajar para otros bolsillos, un día partió hacia Argentina, ese país al que muchos veían tan lejano como pleno de oportunidades. Ahora, a casi diez años de haber llegado a la orilla del Río de la Plata, Argentina se había transformado en un lugar demasiado peligroso para quien, además de poseer el oficio de levantar paredes tenía los sueños de pretender construir un mundo más justo.

La situación no podía ser peor para un extranjero de ideas anarquistas. El general Uriburu, admirador de Benito Mussolini, de severo aspecto tras sus enormes bigotes, había decretado el estado de sitio, restaurado la pena de muerte borrada de la legislatura argentina en 1921 e impuesto una férrea censura contra los medios de comunicación, a la par que se ejercía una tenaz persecución contra los opositores al régimen militar, cualquiera fuera el signo político que tuvieran. Mientras tanto, la temible Legión Cívica, cuerpo parapolicial formado al amparo del gobierno y conducido por el médico Floro Lavalle, arrasaba las calles porteñas en busca de socialistas, comunistas y, sobre todo, de aquellos trabajadores marcados por la policía como “agitadores sociales”.

Las organizaciones obreras y el colectivo anarquista intentaron, en lo posible, hacer frente a la dictadura de Uriburu pero la situación se agravó con los meses. Los hechos y las prácticas de extrema violencia por parte del gobierno comenzaron a proliferar y entre las acciones más cruentas estuvo el fusilamiento del joven anarquista catalán Joaquín Penina a manos de policía y civiles a la orilla de un arroyo, sorprendido en una calle de Rosario repartiendo propaganda anarquista, prohibida tras el golpe militar del 9 de septiembre de 1930. O la ejecución del italiano y líder anarquista Severino Di Giovanni, en la madrugada del 1 de febrero de 1931 en uno de los patios de la Penitenciaría Nacional de la avenida Las Heras, en Buenos Aires.

Estaba visto que las sólidas convicciones del navarro eran más que suficientes para que le acarrearán serios problemas. Hasta el punto que temió por su vida o cuanto menos, a ser detenido, torturado y expulsado por la vigencia de la Ley de Residencia, por entonces, empleada con fluidez contra militantes socialistas y anarquistas.

Lodosa republicana

Aconsejado por sus camaradas y después de librarse de ser apresado por la policía de milagro, no tuvo más remedio que alejarse de Argentina y tomar el rumbo hacia su pueblo natal. Además, otros aires de libertad y cambios estaban soplando en Lodosa, sacudiendo el viejo entramado social donde un puñado de familias influyentes era responsable de la pobreza y las paupérrimas condiciones de vida del proletariado agrícola local. El flamante Sindicato Único de los Trabajadores, adscrito a la CNT, estaba llevando a cabo una enérgica lucha que por primera vez afectaba los intereses de la derecha de Lodosa, precisamente cuando desde Madrid, la Segunda República se transformaba en una gran esperanza para obreros y campesinos.

Aunque en verdad, José Mari sabía que tampoco le esperaba a él y a su familia un futuro de tranquilidad y mediano bienestar. Intuyó que no todo sería soplar y hacer botellas. La mayoría de los 4.000 habitantes de su pueblo, permanecían ligados a los trabajos de la tierra y en condiciones de cuasi explotación por los propietarios de las fincas, por la razón que prácticamente el municipio no contaba con terrenos comunales que pudiesen aliviar las necesidades básicas de los lodosanos. La reforma agraria era aún una promesa del gobierno español. Pero de todos modos, a Colás le había llegado que en ese sentido, estaban muy avanzadas algunas acciones para revertir este problema en las zonas de la Ribera navarra a pesar de la dura resistencia de la burguesía agraria local.

Fue en esas circunstancias cuando el albañil Colás, cercano a los cuarenta años de edad,

regresó a su pueblo natal acompañado de su mujer e hijos. Entre ellos, una niña de seis años, María de las Mercedes, probablemente el fruto más preciado cosechado durante su estadía en Argentina, sin contar las valiosas enseñanzas dejadas por aquel viejo anarquista, llamado Enrico Malatesta, quien había asentado los pilares de la importancia de que los obreros se organizaran para defender sus derechos. Por su humilde casa en Buenos Aires habían pasado algunas de las figuras destacadas del anarquismo, sobre todo italianos fogueados en las luchas obreras, escapados del autoritarismo de Mussolini. Además, estaba como un estandarte a seguir los ejemplos de entrega y sacrificio de Severino Di Giovanni, Andrés Vázquez Paredes, Miguel Arcángel Roscigna, Gino Gatti entre tantos otros. Algunos, detenidos en cárceles argentinas donde purgaron largas condenas como el caso de Simón Radowitzky, finalmente indultado por el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Otros, en cambio, salvajemente torturados, fusilados o desaparecidos por la policía o los esbirros de la Legión Cívica.

Lo cierto es que Miguel Ángel Colás, a su regreso a la Ribera navarra, se encontró con un escenario social y político en plena ebullición. Como también, con un sector de la sociedad, conservador y fuertemente católico que se oponía tenazmente a cualquier modificación a favor de las clases más desposeídas, en particular hacia los cientos de jornaleros que exigían por medio del Sindicato Único de Trabajadores aquellas tierras comunales en manos de los terratenientes locales. Por lógica consecuencia, los pueblos de las zonas centro y sur de Navarra vivían momentos de tensiones y conflictos y en particular, Lodosa con una intensa actividad gremial y política a favor de la República.

Frente a este panorama, Colás no desaprovechó el tiempo y se introdujo de lleno a la acción sindical y lo hizo, en muchas ocasiones acompañado de su hija María de las Mercedes. La niña, dotada de una gran inteligencia, a impulso de su padre comenzó a impartir clases de lectura y escritura para aquellos vecinos analfabetos. Era frecuente también que ambos acudieran a las reuniones del sindicato y como no podía ser de otro modo, participaran con entusiasmo y alegría en las celebraciones del mes de abril de 1932 organizada por el Ayuntamiento con motivo de la expropiación de cinco corralizas, parcelas de tierras que hasta esos momentos estaban en mano de algunos terratenientes y que fueron destinadas a cientos de vecinos para su explotación y cultivo.

Se podía decir que los Colás, no sin algunas dificultades, trataron de adaptarse a una realidad que por momentos les sonría y en otros les acercaba serias dificultades para llevar una vida más o menos digna. Era frecuente que en ocasiones el trabajo retaceara y, por otro lado, la situación política lentamente empezaba a agravarse. Sobre todo, durante el llamado Bienio Negro, que marcó las pérdidas de impulsos de las políticas reformistas emprendidas por la coalición republicano-socialista presidida por Manuel Azaña. Estos acontecimientos

provocaron que en Lodosa se viviera con preocupación esa nueva etapa republicana, con una derecha fortalecida políticamente, sumado al inicio de un clima represivo que acarreo la detención de numerosos vecinos.

De esta manera, con más retrocesos que avances en el campo popular, se llegó a las elecciones de febrero de 1936, las últimas antes de producirse la sublevación franquista. En ella Lodosa se plantó como una de las pocas localidades de Navarra en las que triunfó el Frente Popular, coalición de partidos de izquierda que también se hizo con el gobierno de Madrid. El primero de mayo de ese año y en el marco de la conmemoración del Día del Trabajador, fecha que hasta el advenimiento de la República estaba prohibida por la dictadura militar de Primo de Rivera, la mayoría de los lodosanos se manifestaron con entusiasmo por las calles del pueblo, mientras los sectores de derecha rumeaban su disgusto y preparaban la ofensiva final. Sabían que muy pronto les tocaría a ellos cobrarse tamaña osadía de aquellos que se atreven a exigir, pan, tierra y libertad. Los enfrentamientos, las provocaciones y las idas y vueltas entre los elementos de la derecha lodosana y miembros de la CNT y de UGT fueron creciendo. El terreno prácticamente estaba abonado para situaciones mucho más graves.

No pasarán

El clima social y político comenzó a ser dramático a partir del 18 de julio, a cinco meses escasos del triunfo electoral del Frente Popular. En esa jornada se produjo el alzamiento militar y civil contra la República y Navarra pasó a convertirse en una pieza clave de la sublevación de la mano de su gobernador militar, el general Emilio Mola, uno de los principales cabecillas del golpe de estado. Sin ninguna dificultad, Mola se hizo con el control de todo el territorio navarro, sin resistencia alguna, a diferencia de lo ocurrido en otros puntos del estado español. Pero a pesar de eso, en Navarra, allá en la misma orilla del Ebro, existió un foco de lucha contra el golpismo, a tan solo 75 kilómetros de Pamplona de donde partieron raudamente los primeros contingentes armados para destruir tamaña osadía.

El grueso de los habitantes trataron en lo posible de hacer frente a los atacantes con escopetas, palos y herramientas de trabajo, es decir, con lo que tenían al alcance de sus manos. Pero era más que evidente que la suerte de aquellos dirigentes sindicales antifascistas y de los vecinos más entusiastas, defensores de la República, estaba sellada. La Guardia Civil, secundada por elementos de las fuerzas de Requeté no tardaron en entrar a saco a Lodosa y sin ningún preámbulo comenzaron a reprimir y a masacrar. En una seguidilla de horror ocurrieron fusilamientos indiscriminados en la plaza del pueblo o en las

tapias del cementerio. Como también, la persecución y captura de quienes pudieron, en un primer momento, escapar hacia los montes o refugiarse en las localidades vecinas. Entre los huidos, precisamente, se encontraba el padre de María de las Mercedes, capturado en Tudela y fusilado allí mismo. Días antes habían corrido la misma suerte algunos integrantes de su familia, tíos, primos y cuñados.

El final de José María Colás es el mismo que el de muchos de sus vecinos, que tuvieron la valentía suficiente de soñar por un futuro mejor. El ensañamiento de los sublevados llevó a que 131 personas fueran asesinadas solo en Lodosa. La lista más numerosa de toda Navarra, fuera de Pamplona. Y eso sin contar a quienes los obligaron a alistarse por la fuerza para luego morir en los frentes de batalla como carne de cañón.

De esta manera María de las Mercedes, la niña argentina con apenas 12 años perdió a su padre, parte de su familia y luego, padecer el ultraje y la humillación de los vencedores. El compromiso militante manifestado en varias acciones solidarias con los más necesitados de su pueblo y la exposición en público en los mítines organizados por la CNT pronunciado fervorosos discursos a pesar de su corta edad, hicieron que el odio y la revancha se volcaran sobre ella. En ese sentido, mucho tuvo que ver el jefe de los Requeté, Luciano Aramendia, apodado “el abuelo” quien se había hecho cargo del control represivo de Lodosa.

Los más poderosos de la villa, sin titubeos ni pérdida de tiempo, una vez aniquiladas las organizaciones sindicales y políticas adversas a sus intereses, dieron inicio a una serie de revanchismo contra aquellas familias simpatizantes con la República. A la que nos escapó, por supuesto, la familia de los Colás Irrisarri. Algunas de sus mujeres fueron obligadas a beber aceite de ricino -un efectivo laxante usado con frecuencia por los falangistas en la zona de la retaguardia como escarmiento y degradación – y luego paseadas por las calles del pueblo. A María de las Mercedes y su hermana cinco años mayor, los sicarios de Aramendia decidieron raparles la cabellera a cero y obligarlas a comulgar junto con su madre y otros parientes, quienes por sus ideas anarquistas la iglesia era un lugar bien distante e indiferente y hasta hostil. Luego llevadas a la fuerza a bautizarse.

El acto revistió la envergadura y el ceremonial suficiente para ser un ejemplo a todos aquellos vecinos descarriados. Ante un gran público, Mercedes vestida por completo de blanco, tuvo como padrinos al mismo Luciano Aramendia y a Dolores Gastón, integrante de una de las familias ricachonas de Lodosa. Además les colocaron, para ocultar la cabeza rapada, un sombrerito y unas trenzas postizas.

Este tipo de situaciones hicieron que Lodosa se tornara un lugar imposible para vivir. Además, la miseria no tardó en entrar al hogar de los Colás. Viendo que nada los retenía en el pueblo donde abundaban los malos recuerdos y el dolor, acompañados de las constantes

muestras de hostilidades de los que ahora gobernaban el ayuntamiento, la familia de José María Colás tomó la determinación de intentar por segunda vez, probar suerte en Argentina. Fue así como el puente de Hendaya sería nuevamente la salida hacia la esperanza gracias a la ayuda de unos familiares radicados en Buenos Aires que les pagaron los pasajes.

Madre coraje

Una vez instalados en Argentina, Honorata y sus hijos pudieron, lentamente, dejar atrás el horror padecido. María de las Mercedes, al igual que sus hermanos, comenzaron a trabajar con la necesidad imperiosa de lograr pagar la deuda contraída con sus tíos. De este modo, casi sin darse cuenta, la hija preferida de José María pudo encaminar su vida a base de enormes sacrificios. Siempre con los sueños intactos de un mundo más justo y solidario, los mismos por los cuales su padre mantuvo con firmeza hasta acabar sus días en una de las paredes del cementerio de Tudela abatido por las balas de los fascistas.

Con el tiempo María de las Mercedes, a quien sus amigas de la adolescencia la apodaron *Porota*, encontró su primer y único amor y formó un hogar. Y de ese matrimonio con el joven Meroño, obrero de una fábrica textil de los suburbios de Buenos Aires, nació Alicia, educada en los mismos ideales que su abuelo, ideales que intentaron remontar vuelo hacia un cielo más claro en una Argentina donde la utopía parecía tener horizontes al alcance de la mano. Pero llegaron los nubarrones de la violencia del poder y el país comenzó a transitar los infiernos más dantescos. El mismo fascismo que mató al abuelo anarquista, cuarenta años después, se encargó de llevarse a Alicia cuando tenía treinta y un años y un hijo pequeño para criar. Esa desgracia ocurrió la Noche de Reyes del 5 de enero de 1978 cuando Alicia desapareció para siempre de su casa y de sus seres queridos, dejando tras de sí el grito desesperado de su nombre en el aire.

En el más profundo abatimiento María de las Mercedes, *Porota*, se dirigió hacia una plaza de palomas y reclamos silenciosos. En esa plaza porteña, la búsqueda desesperada de los hijos desaparecidos por la dictadura fue un gran abrazo solidario que la envolvió para siempre. El mismo abrazo compartido por cientos de mujeres identificadas con un sencillo pañuelo blanco en la cabeza. Con anterioridad, ese idéntico camino había sido recorrido por su esposo hasta que un cáncer lo derrotó para siempre.

Y a partir de ahí, María de las Mercedes pasó a ser una de las muchas Madres de la Plaza de Mayo, levantando de a poco las banderas de lucha de sus hijos e hijas, y pidiendo, exigiendo a través de la memoria, la verdad y la justicia: ¿qué pasó con ellos?

